

S E R M O N

SOBRE LA

SOLEDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

PREDICADO POR EL

Sr. Pbro. Dr. D. V. Guadalupe Romero

Canónigo doctoral de la Santa Iglesia de Michoacan

Empti estis pretio magno.

Habéis sido comprados con gran precio.

Ep. 1.ª á los Cor., VI, 20.

¡Hermanos míos! El misterio de la pasión del hombre-Dios no se reduce solamente á la augusta víctima que se inmoló en el Calvario, sino que comprende también al Padre Celestial, que nos dió á su Hijo Unigénito para que se sacrificara por la salud del género humano; comprende al mundo que recibía en este gran sacrificio la gracia de su reconciliación, y comprende también á María que tanto padeció y mereció como Madre de Jesucristo y de los hombres. En efecto, señores, si se examina la economía del misterio de la Redención, se ve claramente que el Pa-

dre Eterno quiso elevar á María á todo aquello que conducía á esta obra inefable de su misericordia y de su amor. Quiso asociarse una mujer en la reparación del hombre para que concurriese con sus sufrimientos á la expiación del pecado, así como Eva había concurrido á su consumación. ¡Misterio sublime, hermanos míos, que nos demuestra lo que hemos costado al Eterno Padre, á Nuestro Señor Jesucristo y á María! ¡Misterio profundo que nos enseña, ó nos recuerda el gran precio con que hemos sido comprados! *Empti enim estis pretio magno.*

Acerquémonos, señores, á este abismo formidable: sondeemos hasta donde sea permitido á los débiles mortales, su altura y su profundidad; y para reducirme todo y sólo á las palabras de mi texto, os manifestaré: *lo que hemos costado al Padre Celestial, lo que hemos costado á Nuestro Señor Jesucristo y lo que hemos costado á María. Empti enim estis pretio magno.* Así recorreré hasta donde sea posible á mi limitada capacidad el velo de este misterio; misterio de sufrimiento y dolores; misterio de salud y de gracia; misterio de gloria y de triunfo, triple obra maestra de misericordia y de amor, triple espectáculo no menos digno de nuestra admiración que de nuestras lágrimas, sobre el que hablo en esta noche á nombre de la Iglesia Católica: al hombre fiel para enternecerlo, al incrédulo para convertirlo.

Mas para elevarme á la altura de los profundos misterios de bondad y de misericordia que deben entrar en el fondo de mi discurso; para enseñaros á consolar á María en su amarga soledad, descubriéndolos el gran precio con que hemos sido rescatados, necesito que descienda tanto sobre mí, como sobre vosotros, aquel fuego que todo lo vivifica en el crisol de la caridad, que todo lo comunica en los misterios de la inspiración: dirijámonos, pues, á fin de impetrar una merced tan señalada, á esta Criatura singularísima á quien saludaremos llena de gracia en su mismo desamparo y soledad.—AVE GRATIA PLENA.

PRIMERA PARTE

¡Señores! Si hay alguna cosa capaz de darnos una alta idea de la dignidad y del valor de nuestras almas, es la consideracion del gran precio con que hemos sido comprados. La Religion pone sin cesar delante de nuestros ojos todo lo que un Dios se ha dignado hacer por nosotros. No quiero recordaros, hermanos míos, las maravillas de la creacion, los prodigios de la naturaleza ni los magníficos ornamentos que decoran el universo. Tampoco quiero hablaros de un Dios que nos conserva, nos sostiene, embellece nuestros días, y provee abundantemente á nuestras necesidades; sino de un Dios que nos salva, cuando debería castigarnos, y por un medio que sólo su amor podía inventar y poner en obra, nos arranca del fondo del abismo donde nuestros pecados nos habían sumergido. Me contraigo por lo mismo únicamente al beneficio inmenso de la Redencion. El nos presenta un espectáculo de caridad y de misericordia, en que nunca deberíamos pensar sin derramar abundantes lágrimas. Un padre que consiente en entregar su hijo á la muerte por dar la vida á sus enemigos; un padre que ve morir á su hijo por salvar á los extraños; un padre que nos adopta como hijos, cuando éramos sus esclavos: hé aquí, hermanos míos, hasta donde ha llegado el amor de Dios hácia los hombres. “Tanto amó Dios al mundo, dice San Juan, que le dió á su hijo único para que le salvara:” *Sic Deus dilexit mundum ut filium tuum Unigenitus daret.*

En efecto. ¿Quién será capaz de medir esa inmensa caridad de Dios para con nosotros? Oíd, hermanos míos, cómo se han consumado esos prodigios del amor de Dios hácia los hombres.

Antes de verificarse esta adopcion tan gloriosa para el género humano la hizo Dios anunciar al mundo por el profeta Jeremías. “Llegará, nos dice, un día en que yo seré vuestro verdadero padre, y vosotros sereis mis verdaderos hijos.” En esta profecía anunciaba el Padre celestial la adopcion de todos los hombres que ha hecho y hace nacer de su amor. Las leyes divinas y humanas reconocen dos especies de paternidad: la paternidad de naturaleza y la paternidad de adopcion; la primera toma su origen en la fecundidad natural del sér, la segunda toma su origen en la fecundidad del amor; ambas se encuentran en Dios como en su principio, porque como dice San Pablo: “En el cielo y en la tierra toda paternidad procede de Dios.” El Eterno Padre es por naturaleza el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, y por adopcion el Padre de todos los hombres á quienes ha engendrado con la fecundidad de su amor. En esto, hermanos míos, debemos fijar nuestra atencion. Teniendo Dios un hijo tan perfecto, por la infinita riqueza de una caridad superabundante, da hermanos á este primogénito, compañeros á este único y en fin coherederos á este amado de su corazón. Hace aun más que esto en el Calvario: entrega su propio hijo á la muerte para que nazcan los hijos adoptivos. La misma caridad del Padre que entrega, abandona y sacrifica á su Hijo Unigénito, es la que nos adopta, nos vivifica y nos engendra. Como si habiendo visto que no se adoptan hijos, sino cuando han muerto los verdaderos, un amor santamente ingenioso le hubiese inspirado para nuestra felicidad este admirable consejo de misericordia: de perder en cierto modo á su hijo para dar lugar á la adopcion y de hacer morir al único heredero para hacernos entrar en sus derechos. ¡Oh hijo adoptivo! ¡Oh hombres! Comprended cuánto costais al Eterno Padre. Comprended cuánta es nuestra grandeza y dignidad; comprended cuán queridos y estimados sois de este padre que da á su hijo y de este hijo que se entrega él mismo á la muerte por nosotros.

SEGUNDA PARTE

Todas las revoluciones que precedieron á la muerte del hijo de Dios, no tienen por centro y por fin más que nuestra salud; porque como Jesucristo ha muerto por nosotros, es claro que por nosotros y por nuestra salud, es por lo que ha acontecido todo en el mundo. Las figuras y los oráculos del Antiguo Testamento no tenían otro objeto que la muerte de Nuestro Señor Jesucristo; mas como Jesucristo ha muerto por nosotros, es por nosotros y por nuestra salud por lo que ha existido el pueblo judío. El cielo se une con la tierra y la tierra con los infiernos, para hacer la muerte de Jesucristo más dolorosa y más humillante; mas como Jesucristo ha muerto por nosotros, es por nosotros y por nuestra salud por lo que formó este concierto formidable. Signos y prodigios espantosos acompañaron la muerte de Jesucristo; mas como Jesucristo ha muerto por nosotros, es por nosotros y por nuestra salud por lo que el sol se oscureció, la tierra tembló y los sepulcros se abrieron. Así es, señores, que la historia del universo es la historia de nuestra redención; así todo es amor en este adorable misterio. ¡Ah! por nuestro amor y sólo por nuestro amor bajó el Verbo del cielo á la tierra, se vistió de nuestra miserable humanidad, se presentó al mundo en el establo de Belen bajo los rasgos de un niño pobre que interesa por sus lágrimas, sus encantos y su debilidad. Por nuestro amor se sujetó á la augusta oscuridad de su vida privada, para admirarlo en su humilde taller á los piés de María y de José. ¡Ah! católicos. Si seguimos á Jesús en las funciones laboriosas de su misterio, en su carrera horrible y penosa, cubierto de sudor, agobiado de fatiga, marchando de ciudad en ciudad para evange-

lizar á los pobres y llevarles la concordia y la paz: si hubiésemos contemplado con nuestros propios ojos los caritativos pasos de este apoyo de los débiles, de éste amigo de los afligidos, que no hace uso de su poder sino para curar á los enfermos, para apaciguar las olas y las tempestades; si hubiésemos visto á este buen pastor cuya boca destilaba la leche y la miel, cuya unción penetrante se inclinaba tan bien en todos los corazones; á ese padre amable rodeado de una multitud de niños á quienes bendice y abraza, indulgente con los más grandes pecadores, hasta hacer su santidad sospechosa, no desdeñando visitar á los publicanos ni comer en su mesa, no rehusando los perfumes de una mujer pecadora, ni temiendo quebrantar la ley del sábado, cuando trata de manifestarse compasivo y misericordioso, ¡ah, hermanos míos! entonces comprenderiais lo que hemos costado al Unigénito del Padre.

Sigámoslo, señores, en su carrera de dolores, y contemplemos cómo á pesar de tanta bondad, camina tan abatido por el mundo, aquel en cuyo divino rostro se miran los ángeles, cómo está pesaroso y triste aquel en cuyos ojos toman los cielos su alegría, cómo anda como si fuera pecador entre los pecadores, siendo el Santo de los santos. ¡Ah! aquí conversa con el blasfemo; allí platica con la adúltera; más allá discurre con el avaro. En cuanto baña el sol y en cuanto se dilata la tierra no hubo hombre alguno puesto en tanta orfandad y en tan grande desamparo. Ninguna agonía hubo igual á la que padeció en el huerto, porque todos sus poros manaron sangre; un pueblo entero le maldice, de sus discípulos uno le vende, otro le niega y los otros le abandonan; no tiene agua para humedecer sus labios, ni pan para aquietar su hambre, sin almohada para reclinar su frente, su rostro fué herido con hofetadas, sus carnes cubiertas con una púrpura de escarnio y su frente coronada con una punzante corona: cargó con su propia Cruz y se derribó en el suelo muchas veces; subió la ladera del Gólgota seguido de delirante muchedumbre que iban llenando los aires de vo-

ciferaciones siniestras; cuando fué puesto en lo alto creció su abandono á punto que su mismo padre apartó sus ojos de él: los ángeles, que le servían, por no verle, se cubrieron el rostro con sus alas, temerosos y turbados: hasta la parte superior de su alma abandonó á la humanidad en aquel trance de muerte, permaneciendo á todo indiferente y sereno: y las turbas, meneando la cabeza, le decían: "Si eres el hijo de Dios, desciende de la cruz." Así se verifica, ¡oh Jesús mio! que nada habeis omitido por salvarnos, que nos habeis comprado con el precio inestimable de vuestros sufrimientos, de vuestra sangre y de vuestra muerte, y que vuestro último suspiro ha sido un suspiro de amor para los hombres, vuestra última oración un voto por su salud, vuestra última mirada ha caído sobre nuestras almas.

¡Ah! las manos están extendidas para abrazarnos, su cabeza inclinada para darnos el ósculo de paz, su corazón abierto para recibirnos; por fin arroja un grito poderoso. ¡Ah! Es el grito de la misericordia. ¡Oh misericordia que penetras hasta los cielos! ¡Oh abismo! ¡Oh profundidad! ¡Oh dimensiones inmensas de la caridad de Jesucristo! ¿Comprendeis ahora, hermanos míos, cómo Jesucristo sufre lo que nosotros debíamos sufrir, cómo muere por expiar nuestros pecados y para comprarnos con el precio infinito de su sangre? *Empti enim estis pretio magno.*

Mas el que nos ha dado á su propio hijo y nos lo ha dado todo entero, ¿no nos *dará todas las cosas con él*, como nos lo asegura San Pablo? ¡Ah! sin duda, hermanos míos, así como en una cadena un anillo se enlaza con otro, así los beneficios de Dios deben sucederse por un encadenamiento admirable. No: la fuente de las misericordias no se nos ha cerrado con la muerte de Jesucristo; al contrario, un abismo abre otro abismo. Antes de separarse Jesús de la tierra nos deja á su Santa Madre para que sea la madre y protectora de sus discípulos. Prestadme aun vuestra atención.

TERCERA PARTE

Si despues de haber contemplado lo que hemos costado al Padre y á su Hijo Unigénito, seguimos recordando lo que hemos costado á María, llegaremos á aquel día en que el mensajero del Altísimo le notificó que un consejo de la Augusta Trinidad la llamaba al honor inmenso de la maternidad divina. Este ángel la revela los secretos de Dios, el cumplimiento de las promesas y todo lo que había de sufrir para salvacion del universo. María pronuncia aquel *¡at* más glorioso que el de la creacion y desde aquel momento acepta la elevada dignidad de Madre de Dios y con ella los tormentos y amarguras del Calvario. Su prontitud en dar un consentimiento que le abría la larga carrera de sus padecimientos, no le entibia. Al contrario, inundada de la caridad divina que abrasa su corazón, se hace dos veces madre por el doble consentimiento que da para que su propia sangre forme un cuerpo á la persona del verbo y para que la sangre de su hijo se emplee en pagar el precio de nuestra salvacion. Concibe dos hijos, el uno con su sangre y el otro con su amor; y madre del uno por naturaleza y del otro por adopción, comienza desde aquel momento á alimentar á los hombres en su corazón, así como principia á sentir en su seno al mismo hijo de Dios.

En el día de su Purificación renueva María en el Santuario de Jerusalem, pública y solemnemente, la ofrenda secreta de su propio hijo, que había hecho ya en el santuario de su corazón. Y el anciano Simeon, tomando la actitud de profeta, con el tono solemne de una inspiración divina, dice á María: "Mujer, desde este momento el hijo que acabais de ofrecer, no es ya vuestro: perte-

ce á los demás. El está establecido para la ruina y para la resurreccion de muchos en Israel. El será como una señal de contradiccion á cuyo derredor se agruparán las pasiones para combatirlo. El será el objeto de una persecucion y de un odio general. Entonces se manifestarán respecto á él los sentimientos más ocultos, los pensamientos más secretos de baja traicion, de envidia y de furor, de parte de sus enemigos, y de valor, de fidelidad y amor por parte de sus amigos. Mas, ¡oh mujer! Todo lo que ha de sufrir en este cuerpo, el amor os lo hará sentir en vuestra alma; la vista de su afrentosa muerte será para vos una espada que atravesará vuestro corazon de parte á parte. ¡Qué prediccion tan cruel para el corazon de una madre, hermanos míos! ¡Cuántos afectos contrarios, e ánfunestos temores debieron levantar en el corazon de María estas lúgubres palabras!

Pero ¡ah, hermanos míos! ¡Qué nuevo misterio se ofrece aquí á nuestra consideracion! María consiente en privarse del fruto de sus entrañas para dar á los hombres el redentor que la misericordia del Padre les ha prometido: María se pone absolutamente de acuerdo con el Eterno Padre y con el Verbo encarnado, y de concierto extipulan el gran contrato de nuestra salvacion. María ofrece, Jesucristo se somete y el Eterno Padre acepta. María promete su voluntad y su corazon, Jesucristo promete su vida y su sangre, y el Eterno Padre su misericordia y su perdon.

Desde aquí comienza, señores, la amargura y soledad de María. ¡Ah! ¿qué imaginacion podrá figurarse, qué lengua podrá referir el martirio, los dolores y los tormentos que María sufrió toda su vida en la soledad de sus recuerdos? Jesucristo no morirá más de una vez en el Gólgota. María muere á cada instante en su corazon. Su vida es un tejido de dolorosas angustias y de temores más crueles aun que la misma muerte. Las palabras proféticas de Simeon resuenan continuamente en sus oídos, y la espada de dolor que se le ha anunciado está clavada

constantemente en su corazon. El cuerpo de María está en Belem, en Egipto, en Nazareth; mas su espíritu asiste continuamente á la escena sangrienta del Calvario. Ya alimenta á Jesús con la leche, ya le estrecha contra su corazon, ya le vea crecer en sabiduría, en gracia y en edad, el pensamiento de esta madre en su soledad, se fija siempre en la pasion y muerte de su Unigénito. ¡Oh madres! ¡vosotras que llevais este nombre venerable, decidnos lo que es el corazon de una madre; vosotras solas lo podeis definir, decidnos cuánto os hacen sufrir los recuerdos de las desgracias que preveis en vuestros hijos! ¡Ah! El corazon de una madre es la obra maestra, es el milagro de la naturaleza. María ve anticipadamente aquel hermoso semblante de Jesús al que ella no acerca sus purísimos lábios sino con el más profundo respeto, desfigurado con los golpes y manchado con salivas, aquellos santos miembros desgarrados por los azotes, atravesados con clavos y espinas, emponzoñados con la hiel y suspendidos en el patíbulo más cruel é ignominioso.

Antes de entrar, hermanos míos, en la profundidad del misterio que María cumplió en el Calvario, es necesario decirnos una palabra siquiera sobre los altos fines para que la condujo allí la Providencia. Eva divina debe ser la madre de una generacion santa, de un pueblo de escogidos, de una posteridad que sus altos destinos llaman á una apoteosis divina. Escogida para ser el instrumento de la salvacion del mundo, la medianera de los ángeles y de los hombres cerca de sus hijos, será tambien la reparadora del universo, como la llama San Bernardo. Escuchad, hermanos míos, cómo se han verificado estos prodigios del amor de Dios hácia los hombres.

Acabando Nuestro Señor Jesucristo de establecer la Santa Eucaristía la noche de su pasion, tuvo con sus discipulos una tierna é inflamada conversacion que nos ha transmitido San Juan en los capítulos XIII, IV, XV y XVI de su Evangelio. En ella nos hace las más patéticas recordaciones, nos deja las instrucciones más sublimes, nos des-